

**XIII CERTAMEN DE RELATOS
CORTOS
"LEE, ESCRIBE,...
¡ENTRENA TU MENTE!**

LNFS



**PRIMER PREMIO
CATEGORÍA ADULTO**

Con la colaboración:

joma

**Autora: Verónica Leo Hernández
Getafe(MADRID)**

SUMA DE IMPARES

Dicen que mudarse es una de las experiencias más estresantes por las que pasa el ser humano en su vida. No solo tienes que trasladar todos tus enseres a un nuevo hogar, también tienes que encontrar nuevos compañeros de aventuras que sepan comprender y alentar tus sueños.

Mariam preparó una caja con su nombre y un letrero enorme que decía "Frágil". En letras mayúsculas y subrayado cientos de veces para que los operarios del traslado cuidaran como oro en paño el contenido de la misma. Y es que no hay nada más frágil que aquello que deseas conservar.

El cofre de cartón contenía trofeos, medallas, un viejo balón de fútbol sala y un zapatillero a estrenar en la nueva temporada. Y al fondo del todo una camiseta con aquel dorsal del infinito de pie. Su querido 8.

A simple vista los elementos de la caja no parecían tan delicados como indicaba el rótulo, pero en la vida hay objetos cuyo valor es imposible calcular. Afortunadamente aún sigue siendo difícil tasar los recuerdos. Inviabile estimar el precio de las cosas que te acercan a la felicidad.

Así trascurrían los últimos días de agosto. Eran un caluroso ir y venir de caja, resoplidos y ansiedad. Porque los cambios generan nervios. Unas veces de ilusión y otras muchas de miedo. A lo nuevo, a lo desconocido. A volver a empezar.

Y Mariam estaba muy nerviosa. Tanto, o más, que meses atrás con aquella final de copa frente a su máximo rival. Un partido que jugó mil veces en su cabeza, pero en la pista nunca es igual.

Aquel traslado de casa no solo implicaba mudarse de ciudad, sino también de camiseta. Mariam dejaba atrás el club de su vida. El que vio dar sus primeras patadas al balón. El equipo que fue testigo de sus goles y asistencias. A su entrenadora y compañeras de equipo. A su familia en la cancha. Y por fin llegó aquel primer día de clase tan temido. Mariam no dejaba de remover con la cucharilla el ColaCao de su taza. Desmigaba en porciones diminutas su tostada mientras su madre la observaba callada al otro lado de la mesa. Desde pequeña se le cerraba el estómago cuando algo la inquietaba.

-¿Estás nerviosa? -preguntó con voz dulce su madre.

-Un poco-respondió Mariam sin levantar la vista ni el ánimo.

-Yo también lo estoy. Mucho-. Y tendió su mano para alcanzar la de su hija y apretarla con suavidad.

-Iremos poco a poco, vale. Como en pretemporada- añadió guiñando un ojo.

Mariam se calzó sus botas de fútbol sala. Cogió su pesada mochila, su balón y empezó a caminar hasta el coche.

-Hija, espera-dijo su madre que volvió para recoger unos folios de la impresora- Toma, ayer preparé estos carteles para ti.

"Jugadora de fútbol sala busca equipo de categoría alevín" se leía en letras verdes. En el margen un teléfono de contacto y un correo electrónico para contactar.

-Sé lo importante que es para ti este deporte, quizás puedas colocarlo en el colegio...y quien sabe ,puede que muy pronto encuentres compañeros de equipo.

-Gracias, mamá.

Los primeros días de clase fueron complicados. A Mariam le costaba relacionarse con el resto de alumnos de su clase. Se reían de su acento y de su aspecto.

Algunas personas tardan demasiado tiempo en comprender que la apariencia es algo temporal. Que lo verdaderamente importante es encontrar alguien con quien te veas brillar, porque inevitablemente todos los envoltorios terminan arrugándose.

Esas personas, invidentes a lo menos superficial ,encuentran válida cualquier excusa para tratar mal a los demás. A los que se oponen a ser una copia. A los diferentes.

Y así Mariam se pasaba los recreos jugando con su balón. Haciendo controles, conduciendo sobre la línea de fondo o practicando el doble penalti las pocas veces que la portería quedaba libre. Sola. Sin más compañía que la de su esférico amigo.

Sin plaza en ninguno de los equipos federados más cercanos, Mariam seguía esperando respuesta de los carteles colocados en el tablón de anuncios del gimnasio escolar.

Una de esas mañanas de patio solitario en las que ya empezaba a refrescar Mariam vio acercarse a su profesor de educación física acompañado de una niña de su edad.

-¡Hola, Mariam!-dijo el maestro

-¡Hola, profe!-repondió Mariam.

-He encontrado a alguien que busca equipo de fútbol sala como tú. Te presento a Julia.

Es asombroso como por arte de magia las personas más importantes de tu vida llegan sin esperarlo.- Se presentan sin avisar y llenan de buenos momentos y complicidad ese vacío llamado soledad.

Julia era una portera valiente. De las que siempre jugaron sin guantes y no temen la potencia con las que les llega el balón. También era muy buena con los pies. Pero era tremendamente tímida y a veces nuestro carácter se ve reflejado en las pistas.

La temporada pasada Julia tuvo algunos fallos en la portería fruto de su falta de confianza en sí misma que alejaron a su equipo del título de Liga. Además, desde la grada se escuchaban murmullos sobre algunas jugadas que lejos de animar a la niña a seguir con su equipo la invitaron a tomar la decisión de buscar uno nuevo.

Así fue como Mariam y Julia se convirtieron en inseparables desde aquel último curso de Primaria. Por las tardes quedaban para hacer juntas los deberes y entrenar en el polideportivo del barrio. Una portera y una pívot. Una chutaba y otra paraba.

Siempre juntas. Hasta que el sol, los faros de la instalación deportiva o el toque de queda impuesto en casa obligaba a despedirse hasta el próximo día.

Una noche mientras Mariam ponía la mesa al compás de la canción del momento su madre le dijo:

-Pareces contenta.

-Lo estoy. He conocido a alguien en el cole. Es muy simpática, y juega al fútbol-la voz de Mariam sonaba alegre.

-Eso es fantástico-se acercó para revolver el pelo de su hija a sabiendas de que no era el gesto favorito de su hija.

-Pero aún siguen faltando muchos jugadores para formar un equipo-lamentó la niña-.

-Bueno, no te desanimes, seguro que hay muchos niños y niñas que buscan equipo como vosotras.-
Voy a preguntar en el trabajo-añadió

-Algún impar como nosotras, ¿verdad?-dijo con cierta tristeza

-¡Oye!, tú y yo somos dos impares que juntas formamos el mejor de los equipos-sentenció su madre con una mueca cariñosa.

Unos días más tarde se incorporó un compañero nuevo que jugaba de cierre. Y al poco tiempo una niña un año más pequeña con cualidades para jugar de ala. Llegaron más. No eran muchos, pero eran leales. Pocos pero suficientes, como la amistad. Y con la suma de impares consiguieron formar un equipo mixto compuesto por niños y niñas con una pasión común, el fútbol sala.

Se inscribieron justo a tiempo en la liga municipal. Cuentan los que les veían entrenar que encontraban en cada ejercicio del entrenamiento una ocasión para festejar, aunque lo que ellos no saben aún es que lo que festejaban era el milagro de haberse encontrado.